COMEDIA NUEVA JOCO-SERIA,

EN TRES ACTOS.

CAPRICHOS DE AMOR Y ZELOS.

POR FERMIN DEL REY.

PERSONAS.

Don Saturio (figurón) tio de *Doña Eugenia* y *Doña Fausta.*
Doña Rosalía.
Liseta, criada.
Don Narciso, Galan.
D. Claudio, su amigo, Galan.
Don Víctor, Vizconde de Valle-Seco, Galan.
Antolin, criado de Don Narciso.
Chupa-guindas, criado de Don Saturio, Vejete.

La Escena se finge en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Salon. Salen Doña Eugenia y Doña Fausta.

Eug. Hermana, veo que estás
hoy de pendencia conmigo.
Faust. Perdona, Eugenia, me enfadas.
Eug. Pues dime, en qué te he ofendido?
Faust. No puedo aprobar el modo
con que trata tu desvío
á Don Narciso, cuando él
á complacerte rendido
anhela; él es un cordero,
mas tú eres un basilisco.
Eug. Pero, válgame Dios! tanto
te interesa Don Narciso?
Faust. Solo falta que tambien
tengas zelos de mí: digo
que es un Caballero ilustre,
de buen corazon y rico,
que tu dote es muy escaso,
que ha gastado nuestro tio
en frioleras lo mas,
y que nos ha reducido
á un estado deplorable;
que yo me casé á mi arbitrio
por salir de su tutela
fatal; que con mi marido
pasé tres años de infierno;
que se murió el pobrecito,
y que cuando se murió
tuve muy poco motivo

de llorarle. A tí, sin duda,
te sucederá lo mismo,
si á Don Narciso, que puede
hacer feliz tu destino
dándote su mano, tratas
con un modo tan esquivo:
anoche se enfadó mas
que otras veces, é imagino
que por hoy no vendrá á verte.
Eug. A que viene mas sumiso
que nunca, y á que si quiero
me pide perdon?
Faust. Qué lindo!
él te ha de pedir perdon,
y eres tú quien le ha ofendido?
Eug. No será la vez primera.
Faust. Tú confias infinito
de su bondad.
Eug. Y él se fia
bastante de mi cariño.
Faust. Le quieres bien, y le tratas
mal.
Eug. Qué es lo que le he dicho?
El tambien es delicado,
y se pica de contínuo.
Faust. Mas si le atormentas siempre
con su cuñada.
Eug. Bendigo
tu inocencia! Y porque él solo
te lo asegura, has creido
que es la esposa de su hermano
una muger que ha venido
á estar oculta con ellos
sin saber por qué motivo?
Faust. Si sabes, pues, porque no
le importunes te lo dixo.
Eug. Sí, me dixo que su hermano,
por amor ó por capricho,
se casó con una dama
pobre, sin darle á su tio,
que está fuera de Madrid,
parte de este desatino,
que como á heredarle aspiran
teme se juzgue ofendido;
que marchó á satisfacerle
ahora, y que el señor mio
se quedó con el encargo
de servirla de rodrigo:
me lo ha dicho, dices bien,
pero yo no lo he creido.
Faust. Pues yo te digo que es ella
su cuñada, y te lo afirmo,
Eug. Lo sabes?
Faust. Sí.
Eug. Y cuál es de ellos
su amante favorecido?
Faust. Dale, si te digo que es
su cuñada.
Eug. Pues si es fijo,
yo aborrezco á su cuñada
con todos cinco sentidos.
Pero quién entra?
Faust. El criado
parece de Don Narciso.
Eug. No lo dige? Y cuánto crees
que tarde en venir él mismo?
Faust. Espera, espera, quién sabe
si trae algun recadito
que no te guste?
Sale Antolin con un canastillo cubierto con un tafetan, y un billete.
Ant. A los pies
de ustedes.
Faust. Seas bien venido,
Antolin: cómo está tu amo?
Ant. Bueno está para serviros.
Aquí os traigo este papel.
Eug. Muestra. *le toma y abre.*
Faust. Y ese canastillo
qué trae?
Ant. Un poco de fruta
que le ha enviado un amigo
de Aragon.
Faust. Lee, te escribe
enfadado?
Eug. El pobrecito
quisiera darlo á entender,
mas no acierta. Oye el principio.
Cruel! vaya, vaya.
Faust. Esa es
una expresion de cariño.
Eug. Me tomo la libertad
de enviaros por indicio
de mi memoria esa fruta,
por si con ella consigo
dulcificar esos labios

que tan amargos han sido
siempre para mí.
Faust. Todo eso
es amor.
Eug. Hubiera yo ido
á llevárosla en persona,
si no temiese el peligro
de aumentar vuestros furores
con mi vista.
Faust. Lo has oido?
Eug. Pero vendrá? Sé muy bien
que en solo verme os irrito,
y así, como os quiero tanto
aun contra mi vida os sirvo.
Faust. Lo ves?
Eug. Pero vendrá? Bien
que yo no me juzgué digno
de tanto favor: quisiera
mereceros por alivio
dos letras de vuestra mano,
en que vea que el antiguo
amor vive en vuestro pecho,
y si murió ha renacido.
Faust. Vaya, respóndele.
Eug. Tienes
un genio muy compasivo.
Faust. Yo no puedo ver penar
á nadie.
Eug. Pero es preciso
no ser tan condescendiente
á cautelas y artificios,
que los hombres todos son
nuestros fieros enemigos,
y de nuestra piedad forman
su tirano despotismo.
Faust. Yo nunca he sabido ese arte,
y siempre le juzgué indigno:
respóndele con dulzura,
no le obligues á un delirio.
Eug. Respóndele tú por mí.
Faust. Quieres?
Eug. Sí, te lo suplico;
yo en escribir tardo mucho,
y así será respondido
mas pronto; traeme la carta,
y la firmaré aquí mismo.
Faust. Bien; pero mira que yo
he de escribir á mi arbitrio.
Eug. Como quieras.
Faust. Para hacerle
enfadar mas, no le escribo.
Eug. Pues tú crees que yo quiero
enfadarle si le estimo?
Anda, escríbele una esquela
expresiva en nombre mio.
Faust. Pues voy, y vuelvo al instante.
Ant. Dónde pongo el canastillo?
Faust. Dámele: mira qué fruta
tan hermósa. El ha sabido
que te agrada, y te la envia.
Está enojado contigo,
y aun te regala; si á mí
me presentase el destino
un novio como este, yo
perdiera con él el juicio. *vase.*
Eug. A qué hora se recogió
anoche tu amo?
Ant. Vino
mas temprano que otras veces.
Eug. Y su cuñada qué dijo
al verle volver tan presto?
Ant. Se lo agradeció infinito.
Eug. Pues qué Doña Rosalía
no tiene tertulia?
Ant. O! lindo
humor tiene ella para eso.
Es celoso su marido,
y desde que á Talavera
se marchó á ver á su tio,
la dejó recomendada
á su hermano, y no ha admitido
en todo ese tiempo aun la
conversacion de un mosquito.
Eug. Y en efecto, ella es muger
del hermano de Narciso?
Ant. Así lo dicen.
Eug. Dios quiera *ap.*
no sea lo que imagino.
Don Narciso la acompaña?
Ant. Sí, la divierte un poquito.
Eug. La divierte bien?
Ant. Tiene esta *ap.*
muger un genio maldito,
y yo no quisiera errar.
Cuando está en casa es preciso::-
quiero decir::- comen juntos.

Eug. Ya, y por las tardes amigos
suyos le han visto en el Prado
con ella.
Ant. Yo á punto fijo
no lo sé.
Eug. No; tú lo quieres
ocultar, pero es delirio,
porque yo no ignoro nada.
Ant. Los visteis?
Eug. Puedo decirlo,
y ayer fueron de paseo
tambien.
Ant. Si vos lo habeis visto,
por qué me lo preguntais?
Eug. Ve aquí, ya el tonto ha caido.
Conque fueron?
Ant. Puede ser.
Eug. Puede ser! me desatino:
dí que sí seguramente.
Ant. Sí señora.
Eug. Y han venido
muy tarde á casa?
Ant. Serian
las once.
Eug. Pues, no lo digo? *ap.*
Ant. Yo rabio por irme. *ap.*
Eug. Y luego
jugarian un ratito.
Ant. Sí jugaron.
Eug. Déjale
que venga.
Ant. Pues qué, yo he dicho:—
Eug. O! nos verémos las caras.
Sale Fausta.
Faust. Ve aquí, ya la carta he escrito:
quieres oirla?
Eug. No: dame.
Faust. Antes leerla es preciso.
Mi bien.
Eug. Mi bien! y qué bien! *con iro-*
Faust. Qué dices? *(nía todo.*
Eug. Nada, me rio.
Faust. Por qué?
Eug. Porque dices bien.
Faust. Escucha: En mí ha producido
tanto gozo vuestra esquela,
que no encuentra mi cariño
palabras equivalentes
al júbilo que recibo.
Eug. Y qué júbilo!
Faust. Mas baste,
querido dueño, el deciros
que el tiempo que de mi vista
faltais me parece un siglo.
Eug. Nada menos?
Faust. Venid pronto
á consolar mi afligido
corazon.
Eug. Pronto, corriendo.
Faust. Qué?
Eug. Que está muy bien escrito.
Faust. Vereis no soy la crúel
que decís, que soy y he sido
siempre vuestra fiel amante:
Eugenia. Qué tal?
Eug. Muy lindo:
dámela.
Faust. Para qué?
Eug. Para
que diga la ha recibido
de mis manos, ya que tú
tambien la firmaste.
Faust. Has dicho
muy bien, toma. *(neza.*
Eug. Dile á tu amo *(con mucha ter-*
que mi hermana se ha servido
de escribirle por respuesta
una carta en nombre mio
muy amorosa, y que yo
con mis manos la he rompido. *(con*
Faus. Qué has hecho? *(desprecio é ira.*
Eug. Y dile que venga,
porque á boca determino
responderle.
Ant. Bien está.
Faust. Mira, por ningun motivo
le digas que Eugenia ha roto
el papel.
Eug. Has de decirlo,
y te regalaré luego
que sepa que me has servido.
Ant. Este ruego tiene mas
fuerza. Usted verá cumplido
su mandato. A vuestros pies. *vase.*
Eug. Gran prisa el tal D. Narciso
tenia ayer de volverse

á su casa.

Faust. Eso lo hizo de enfadado.

Eug. Ni por sueños. Le esperaban, y eso ha sido la ocasion.

Faust. Quién le esperaba? Me ostigan tus desatinos; te dijo algo su criado?

Eug. Nada.

Faust. Si crees embolismos, será peor.

Eug. No creo á nadie.

Faust. Pues puedes creer á Narciso.

Eug. Menos.

Faust. Y á mí?

Eug. En igual grado.

Faust. Aquí viene nuestro tio.

Eug. Y con él un forastero; quién será?

Faust. Algun desperdicio de la casualidad; siempre nos trae algun conocido nuevo.

Salen Don Saturio y Don Víctor.

Sat. Queridas sobrinas, aquí está un Caballerito que quiere favoreceros, conoceros y asistiros; Vizconde de Valle-Seco cuando menos; tan antiguo en su solar como grade su mayorazgo y lucido.

Víct. Don Saturio me honra mas que yo merezco, y no aspiro á otro honor sino al de ser vuestro criado rendido.

Faust. Nuestro será el honor cuando se proporcione serviros.

Sat. Señor, esta es mi sobrina Fausta, viuda del mas rico Comerciante que hubo en Cádiz.

Faust. Y se murió el pobrecito de necesidad.

Sat. Es mucha muger; no hay, habrá, ni ha habido otra muger como Fausta por los siglos de los siglos.

Faust. Mi tio me adula.

Sat. Vamos, Eugenia, el señor D. Victor sabe, informado de mí, cuánta es tu viveza y brio; háblale. Mirad, señor, en el mundo no se ha visto una muchacha como esta: en baylar es un hechizo, en tocar es una diosa, y en cantar un paraninfo.

Vict. La Señora es admirable por agregados tan dignos, como lo es por su belleza.

Eug. No os asocieis á mi tio, señor, para sonrojarme; es un natural estilo el exâgerar las cosas mas de lo que es permitido.

Vict. Esta Señora es soltera?

Sat. Sí señor; me la hán pedido los primeros Caballeros de la Corte, y no he querido concedérsela. O! en cuanto su matrimonio concibo unas ideas muy altas.

Vict. Haceis bien, que sus hechizos merecen igual empleo.

Sat. Yo el dia de hoy no me fio de nadie, porque hay mas trampas que riqueza. Lo que es fijo es que no hay más que un Vizconde de Valle-Seco.

Vict. Yo estimo vuestro favor. Mis fortunas tienen término sucinto. De lo que puedo gloriarme es de un corazon sencillo, de honradez providad.

Sat. Sobrinas mias, ni quito ni pongo; este Caballero que estais mirando, es el libro abierto de la nobleza, formalidad, gusto y juicio.

Faust. Ha mucho que le tratais?

Sat. La primera vez que le he visto es esta.

Faust. Y parece que

ap.

ha que le conoce un siglo.
Sat. A mí me le recomienda
un anciano amigo mio,
que es el célebre pintor
que hasta aquí se ha conocido
desde Timantes y Apeles.
Decidme, señor D. Victor,
gustais de buenas pinturas?
Vict. O! me gustan infinito.
Sat. Los hombres grandes es fuerza
que en todo estén instruidos.
Vereis en mi pobre choza
unos cuadros exquisitos,
unos tesoros del arte,
por los que me han ofrecido
cien doblones, y por diez
duros los compré yo; es fijo
que el saber de todo es cosa
grande; yo tengo el mas fino
conocimiento, y en esto
no me gana el mas perito.
Vict. Tendreis una galería
de un Soberano.
Sat. Ah! muy lindos
cuadros hay; cosas de pobre,
frioleritas. Servios
de ir á verlas con Eugenia
y Fausta.
Faust. Nosotras, tio,
no entendemos de pinturas.
Sat. Y qué importa? Buen capricho!
Para eso el señor Vizconde
lo entiende, y sabrá advertiros
lo que ignoreis. Yo tengo ahora
que hacer, porque me ha ocurrido
una cosa indispensable;
id entretanto y servidlo,
que en acabando iré yo,
y le enseñaré prodigios.
Vict. Yo estoy pronto.
Sat. Vaya, andad.
Faust. Mira, Eugenia, no es preciso
que vengas tú, yo iré sola.
Eug. Yo quiero ir.
Faust. Y si el amigo
te halla con el forastero,
qué dirá?
Eug. Por eso mismo.
No se va él con su cuñada
á paseo de contínuo?
pues yo quiero hablar con todos
tambien.
Faust. Ah! qué poco juicio! *vase.*
Sat. Escuche usted, Caballero.
Vict. Qué me mandais?
Sat. Yo confio
deberos la honra de que
quedeis á cenar conmigo.
Vict. Señor::-
Sat. No tiene respuesta.
Vict. Pero ved::-
Sat. Yo os lo suplico.
Vict. Pues hablaremos.
Sat. Me dais
la palabra?
Vict. Por serviros.
Sat. Perdonareis la llaneza.
Probareis tan exquisitos
platos, que el Emperador
jamás los habrá tenido
iguales, y todos hechos
por mi mano. Yo me pinto
solo para estos primores.
Vict. A tanto honor no replico.
Todo lo pondera. Este hombre *ap.*
tiene un humor peregrino. *vase.*
Sat. Ve aquí el caso de lucir:
lo que siento es que me miro
no mas que con un criado,
sordo, viejo y aturdido.
Pero no importa, yo solo
desempeñaré mi oficio,
Hé, Chupa-guindas?
Sale Chup. Señor?
Sat. Miren qué talle y qué brio?
Cómo estamos de Cocina?
Chup. Bien.
Sat. Hay lumbre?
Chup. Ni resquicio.
Sat. Por qué?
Chup. Porque no hay carbon.
Sat. No te hagas el tonto, niño;
que hoy tenemos á cenar,
quién diré? un Excelentísimo.
Chup. Me alegro.
Sat. Y qué le daremos

á su Excelencia? Hombre, dilo.
Chup. Lo que Vuecelencia quiera.
Sat. Con esto me dasatino.
Dáte prisa, que tu sorna
me enfada.
Chup. Soy pronto y vivo.
Sat. Sabes soplar?
Chup. Sí señor.
Sat. Sabes hacer algun guiso?
Chup. Sí señor.
Sat. Tienes dinero?
Chup. No señor.
Sat. Ya has destruido
los dos duros que te dí?
Chup. Cuánto ha!
Sat. Estamos lucidos.
Chup. Sí señor.
Sat. No tienes blanca?
Chup. No señor.
Sat. Pues es preciso
buscar.
Chup. Sí señor.
Sat. Mal haya
tanto sí señor. Pollino,
cuántos cubiertos hay?
Chup. Seis.
Sat. Es verdad, que se han vendido
los otros seis:— venderemos
dos, y quedan los precisos,
pues somos cuatro de mesa.
Véndelos, y ven prestito,
que iremos á comprar juntos.
Chup. Si señor.
Sat. Escucha, hay vino?
Chup. No señor.
Sat. Le compraremos.
Hay pan?
Chup. No señor.
Sat. Maldito
sea el no señor.
Chup. Sí señor.
Sat. No te tragára el abismo.
Chup. No señor: *vase.*
Sat. Siempre en mi casa
falta lo que necesito:
ya gasté cuanto tenia;
mas no obstante me glorío
de haberlo empleado bien
y mis fortunas afirmo
en la pretension de aquellos
personages á quien sirvo.
No me contento de verme
en una carroza á tiros
largos; yo siembro, aunque juzguen
los demas que desperdicio. *vas.*

Salen Liseta y Don Claudio.

Lis. Qué me teneis que mandar?
Claud. Liseta, yo solicito
hablar á una de tus amas.
Lis. Decid á cuál, y ahora mismo
saldrá.
Claud. A Doña Eugenia toca
el asunto á que he venido;
mas yo mejor hablaría
con Doña Fausta.
Lis. Es antiguo
ese afecto. Ya lo sé.
Claud. Sí, no niego que la estimo;
pero ahora no la busco
por eso.
Lis. Y por qué? decidlo.
Claud. Por no hablar con Doña Eugenia,
que su natural altivo
causa horror.
Lis. Señor Don Claudio,
qué apuesta usted que adivino
á qué es el recado? Usted
quiere mucho á Don Narciso:
hay acaso entre él y mi ama
novedad?
Claud. Sí hay.
Lis. Yo me obligo
tambien á acertarla. Usted
viene á dejar concluido
el contrato de las bodas,
como tan íntimo amigo.
Claud. Todo lo contrario. Puedo
públicamente decirlo,
pues mi amigo no me encarga
el secreto. Don Narciso
se sirve de mi amistad
para que en términos dignos
la declare á Doña Eugenia,
cuán justamente ofendido,
quiere separarse de
la promesa que le hizo,

y que no pondrá jamás
los pies en aqueste sitio.
Lis. Por qué causa?
Claud. No lo sé.
Lis. Vaya, vaya, habran reñido.
Claud. Eso será.
Lis. Y si riñeron
se pondrán en paz.
Claud. Le he visto
muy enfadado. Parece
ya imposible el convenirlos.
Lis. Las riñas de los amantes
son el cebo de Cupido;
mas si usted le dice á mi ama
tal cosa, da un estallido.
Claud. Creeme, Liseta. Yo egerzo
involuntario este oficio.
Le he rogado no me obligue
á este empeño, y aun le he dicho
que me quejaria de él
si le viese arrepentido
despues de dar este paso,
mas no pude reducirlo.
El es constante, y no temo
que me deje deslucido.
Llama, pues, á Doña Fausta:-
Mas qué veo? Don Narciso.
Lis. No os lo dije yo
Claud. Vendrá
tal vez á buscarme.
Lis. Es fijo,
en casa de la querida
vendrá á buscar al amigo.
Sale Don Narciso.
Narc. Claudio, escucha una palabra.
Claud. Qué quieres? Aun no la he visto.
Narc. No la has hablado?
Claud. No.
Narc. Y sabe
Eugenia lo que te he dicho
la insinuases en mi nombre?
Claud. Tampoco.
Narc. Ay Dios! Ya respiro.
Y tú lo sabes, Liseta?
Lis. Yo sé algo.
Narc. Claudio querido,
discúlpame por piedad
si conoces mi martirio.
El punto que me dejaste
caí en un fatal deliquio,
y muriera si un criado
no me hubiera socorrido.
Ese Antolin, ese infame,
es el principal motivo
de todo. La pobre Eugenia
está celosa, y concibo
que sus celos los produce
un exceso de cariño.
No la has hablado, me alegro.
Liseta, por Dios te pido
no le digas nada, y toma (*la da un*
esta fineza: tú, amigo, (*bolsillo.*
perdona mi error, y sea (*le abraza.*
este abrazo mi padrino.
Claud. Narciso, te compadezco,
mas otra vez te suplico
no me expongas á tal lance.
Narc. Tienes razon, Claudio mio,
mas yo::- qué aguardas, Liseta?
Dile á Eugenia que he venido
á ponerme á sus pies::- Oyes,
adónde está?
Lis. No le digo *ap.*
que está con un forastero.
Entró en su cuarto ahora mismo.
Narc. Mira, está enfadada?
Lis. Creo
que no.
Narc. Cuán feliz he sido!
Anda, llámala.
Lis. Ya voy.
Estos si que estan curtidos
de amor á mas no poder,
ya lo habia yo previsto:
él es quien viene á humillarse;
si el hombre es lo quebradizo
de la soga, y no lo quieren
creer estos Señores mios.
Ah! No saben hasta dónde
alcanza nuestro dominio. *vase.*
Claud. A Dios, Narciso.
Narc. Te vas?
Claud. Sí, porque mas complacido
quedarás solo, mas oye
en amistad un aviso:
si la persona que quieres

es digna de tu cariño,
prepárate á tolerarla
alguna vez un descuido:
todos en el mundo estamos
obligados á sufrirnos,
y el hombre á la muger debe
serle mas contemplativo
por su frágil natural.
Si tienes algun motivo
de quejarte de su trato,
no resuelvas de improviso;
mas despues de haber resuelto,
debes rendir los sentidos
á la razon y al decoro,
sin dejar que un excesivo
amor te arrastre á un estado
vil, vergonzoso é indigno
de un hombre de honor, prudente,
sábio y cuerdo. A Dios, amigo. *v,*
Narc. Dice bien Claudio, mas yo
soy de un natural tan vivo,
que no puedo refrenarme.
Pero desde hoy determino
mudar de genio. Ya sé
que me hallo correspondido
de mi amada; si estuviese
de mal humor, no replico.
Aquí viene ya, su rostro
de su alegría da indicios;
pero es muger, y sabrá
si no está alegre, fingirlo.
Sale Eug. Beso á usted las manos.
Narc. Ola!
De cuándo acá usais conmigo
de ese cumplimiento?
Eug. Ah si!
Perdone usted, fue un descuido.
Está usted bueno?
Narc. Yo bueno:
y usted?
Eug. Yo para serviros.
Narc. Me alegro: ¿parece que hoy
la brilla á usté el regocijo?
Eug. Oh! yo cuando estoy en gracia
de usted, siempre estoy lo mismo.
Narc. Mal tiempo corre. A despecho *ap.*
de mi enojo me reprimo.
Eug. Qué decia usted del tiempo?
No es este tiempo muy lindo?
Narc. Digo que este tratamiento
de usted me enfada un poquito.
Eug. Si usted quiere señoría,
tiene usted mas que decirlo?
Narc. Ese usted::-
Eug. Perdone usted,
que se me quedó este estilo
de una visita en que estuve.
Narc. Visita? Aónde habeis ido?
Eug. Yo á ninguna parte; ciertas
amigas sí que han venido
á favorecerme, y quieren
llevarme á pasear consigo
esta noche.
Narc A pasear?
Eug. Pues!
Narc. Y qué las has respondido?
Eug. Que sí.
Narc. Sin que vaya yo?
Eug. Pues cuándo va usted conmigo?
Nar. Cuándo usted me lo ha mandado?
Eug. Hé! disculpas de capricho,
tiene usted otros empeños.
Narc. Yo? qué empenos?
Eug. Infinitos.
Ah! Si tiene usted algunas
barajas de desperdicio,
hágame el favor de traer
de ellas unas cuatro ó cinco
para jugar con mi hermana
una partida; el prolijo
rato de la noche así
se pasa mas divertido.
Narc. Y qué quiere decir eso?
Eug Nada. Yo lo hago por no irnos
á recoger tan temprano.
Usted vive sometido
á una obligacion forzosa,
y se va, yo no lo impido,
porque sé que tienes grandes
negocios; mas solicito
divertirme tambien, ya
jugando, como os he dicho,
ó yendo un rato á pasearme.
Narc. Ah! Conozco bien el tiro.
Eug. Tambien esta sencillez
mia os causara fastidio.

Narc. Pero el bribon de Antonin
no volverá, yo os lo afirmo,
á poner aquí los pies.
Eug. A mí no me importa un pito
que el criado, ni aun el amo,
jamás hubiera venido.
Narc. Ve aquí, sus gracias son estas.
Mucho haré si me reprimo; *ap.*
si ayer fuí con mi cuñada::-
Eug. Qué tiene que ver conmigo
vuestra cuñada? Traeis
tabaco?
Narc. Sé lo que digo,
y no volverá aquel necio
otra vez con embolismos.
Eug. A mí no se me da nada
de usted, ni de él, ya lo he dicho.
Narc. Ni de mí, ni de él, ni de él
Se pasea violentamente.
ni de mí, lo he merecido.
Ni de él, ni de mí, bien dice.
Esto quién puede sufrirlo?
De mas de querer hacer
su gusto en todo, este indigno
tratamiento? Vive el Cielo::-
Eug. Estaos quieto, que un molino
no da mas vueltas que vos,
y me habeis desvanecido
la cabeza.
Narc. Ni de mí, *anda paseándose*
ni de él? *(como desatinado.*
Eug. Estaos quieto os digo.
Pero es fuerza moderarme,
que su enojo es excesivo.
Narc. Cruel, traidora, enemiga.
Eug. Vaya; ven aquí, Narciso.
Narc. Me falta el aliento.
Eug. Advierte
que de veras has perdido
el entendimiento.
Narc. Sí,
estoy loco, estoy sin juicio.
Eug. No te quieres sosegar?
Narc. Injusta.
Eug. Qué amor tan fino!
Por cualquier cosa se enfada;
quien quiere bien, es preciso
que disimule algo, y mas
á una muger. Bello estilo
de hacerse amar!
Narc. Ay Eugenia!
Dices bien, mas yo::-
Eug. Lo mismo
sucede todos los dias.
Narc. Perdóname, dueño mio.
Eug. Si haces iguales locuras,
me enfadaré.
Narc. Mis delirios
nacen de amor, mas te ofrezco
desde ahora reprimirlos.
Pero:: te irás á pasear? *sonriéndose*
Eug. Si::- Si vienes tú conmigo.
Narc. Querrás tú?
Eug. Y tú podrás ir? *con soflama*
Narc. Quién es capaz de impedirlo!
Eug. Qué se yo.
Narc. Querida Eugenia,
que aun dudes de mi cariño?
Tan escasa es la experiencia
que de mi amor has tenido
en el término de un año
que ha que te idolatro y sirvo?
Sé que mi cuñada es siempre
el objeto de tu esquivo
rencor, pero acaso ignoras
el empeño en que me miro?
Mi hermano en su corta ausencia
recomendármela quiso;
y yo deberé en su obsequio
ser indiferente ó tibio?
Reflexiona, si eres cuerda,
mi razon, y cree, bien mio,
que tus infundados zelos
causarán mi precipicio.
Eug. Sí, dices bien: desde ahora
prometo en lo sucesivo
no atormentarte mas.
Narc. Soy
dichoso si lo consigo.
Cuán veloz pasára el tiempo
si estuviesen á mi arbitrio
sus instantes!
Eug. Para qué?
Narc. Para que fuesen cumplidos
nuestros votos, y yo esclavo
y dueño tuyo, bien mio.

Eug. Pero ese tiempo por qué
tarda?
Narc. Por no haber venido
mi hermano.
Eug. Pues dependémos
nosotros de su dominio?
Narc. No, mas por urbanidad
el darle parte es preciso
de nuestras bodas.
Eug. Y aun hay
mas poderoso motivo.
Narc. Cuál puede ser?
Eug. Retardarle
á tu cuñada el martirio
de que vea como ageno
lo que como propio ha visto.
Narc. Mal haya amen mi cuñada,
y mal haya::-
Eug. No lo digo?
En hablando una palabra
se pone hecho un basilisco.
Narc. Mas si tiras á irritarme.
Eug. Bien::- observaré continuo
silencio.
Narc. Habla cuanto quieras,
mas no digas desatinos.
Eug. Los desatinos los dice
usted, señor atrevido.
Narc. Vive el Cielo::- Ahora verás::-
Pero no::- Yo me iré.
Eug. Idos.
Narc. No volveré mas.
Eug. No importa.
Narc. Moriré.
Eug. Yo no lo impido.
Narc. Haré un estrago.
Eug. Mejor.
Narc. Me daré muerte á mí mismo.
Eug. Por mí, para luego es tarde.
Narc. Falsa.
Eug. Infiel.
Narc. Ingrata.
Eug. Impío.
Los 2. Antes que vuelva á verte
lloraré mi precipicio.

ACTO SEGUNDO.

Salon: salen Doña Fausta y Don Claudio.

Faust. Señor D. Claudio, admirada
vuestra visita me deja
Claud. Aunque critiqueis de omiso
mi amor en no veros, esta
justa inaccion es debida
al decoro y la modestia;
pero luego que Narciso
se case con Doña Eugenia,
haré que por vuestra mano
con D. Saturio interceda.
Faust. Si esperais esa ocasion,
dudo que llegueis á verla.
Claud. Por qué?
Faus. Porque D. Narciso
en este instante se ausenta
de aquí mas furioso y mas
airado que nunca.
Claud. Tema
rara la de estos amantes.
Faust Y se fué haciendo protesta
de no volver á esta casa.
Claud Dudo que cumplirlo pueda.
Faust. Tal vez el despecho logra
lo que no alcanza una séria
reflexion. Yo quiero tanto
á mi hermana, que sintiera
ver extinguido un amor
que forma su complacencia.
Vos tambien de D. Narciso
sois amigo, y sé que vuestra
amistad en sus placeres
justamente se interesa.
Por ambas razones fio
mereceros la fineza
de que le busqueis, y hagais
que á ver á mi hermana vuelva.
Claud. A vuestras satisfacciones
y las suyas mal pudiera
negarse mi amor.
Faust. Decidle.
Sale D. Saturio, y Chupa-guindas

con la cesta de la compra, y en ella lo que dicen los versos.

Sat. Sobrina, que me prevengan
una camisola, que
vengo sudando.

D. Claudio le hace cortesía al salir.

Faust. Liseta
os la dará; justamente
en vuestro aposento queda.

Sat. Á la órden, señor D. Claudio.

Claud. Cuando entrabais por la puerta,
cumplí con mi obligacion. *se sienta.*

Sat. Perdonad, que la cabeza
se me anda. Estoy cansado:
pero mirad qué estupenda
provision he hecho.

Faust. Pues idos
á descansar.

Chup. Quién, yo? *quiere irse.*

Sat. Espera.

Chup. Con todo este peso?

Sat. Dame
esos pollos. Señor, vea
usted qué pollos! En todo
el ámbito de la tierra
no hay unos pollos como estos.
Qué decís de esta ternera?
La ternera que yo como
no la come nadie.

Claud. Es bella.

Sat. Quédese usted con nosotros,
señor D. Claudio, á comerla.

Claud. Lo aprecio.

Sat. No admito escusas:
ved qué pichones! Con estas
aves hago yo una salsa,
que no la ha visto en su mesa
el Preste Juan. Todo, todo
lo que viene en esta cesta
(no quiero ponderar) es
oro, diamantes y perlas
en figura de cebollas,
tomates y verengenas.

Claud. Yo lo creo.

Sat. En no quedaros
me haceis, D. Claudio, una ofensa.

Claud. Me obligais de tal suerte...

Chup. Oiga
usted una palabra suelta.

Sat. Qué quieres?

Chup. Y los cubiertos?

Sat. Y es verdad! Mas se remedia
con que me pongas á mí
bajo de la servilleta
escondido uno de palo.

Chup. Sí señor.

Sat. Pues date priesa.

Chup. Sí señor. *vase.*

Sat. Miren qué garbo!
Es de alabar su viveza!
Ello ya es un poco tarde,
mas para guisar la cena
sobra tiempo.

Faust Y no os mudais?

Sat. Despues. Adónde está Eugenia

Faust. En su aposento.

Sat. Y Don Victor?

Faust. En la galería queda
viendo las pinturas.

Sat. No
se podrá saciar de verlas;
ve, y dile que aquí le aguardo.

Faust. Para qué quereis que venga?
No está bien allí?

Sat. Es que quiero
que el señor D. Claudio vea
en solo un hombre el archivo
del honor y la grandeza.

Faust. Sin que le llamen ya viene
aquí.

Sat. Os pasmarán sus prendas
señor D. Claudio.

Sale D. Victor. Conozco
cuán involuntarias estas
señoras, pues me han dejado,
honraban mi insuficiencia.

Sat. Dónde está Eugenia? Llamadla
qué impolítica! Liseta?

Sale Liseta. Señor?

Sat. Llama á Eugenia.

Lis. Y quién
la he de decir que la espera?

Sat. Un sugeto que se digna
de honrarla y favorecerla.

Lis. Tal vez D. Claudio tendrá *ap.*
que darla alguna respuesta
de D. Narciso, con este
deseo creeré que venga. *vase.*
Faus. D. Claudio, idos á buscar *ap á él.*
á Narciso, hacer que vuelva.
Claud. Sí haré. Señor D. Saturio,
bésoos la mano.
Sat. Nos deja
usted? Pues, y la palabra
de quedaros?
Claud. Me da priesa
cierto asunto; volveré.
Sat. Mirad que aquí no se cena
hasta que volvais. Señor
D. Victor, este que observa
usted es el gran letrado
que en toda España se encuentra;
ved aquí el arbitrio y cifra
de la gran Jurisprudencia.
Vict. Reconózcame por suyo.
Claud. La amistad que me profesa
D. Saturio, le hace que
mi demérito engrandezca.
Sat. Teneis pleytos en Madrid?
Vict. Uno tenia, y ya queda
compuesto amigablemente.
Sat. Y qué compostura es esa?
No señor: de ningun modo.
Deje usted que le defienda
el señor D. Claudio, y dé
por conseguida la empresa.
Vict. Pero cómo, si yo tengo
mis Abogados? Idea *ap.*
tal no he visto.
Sat. Qué Abogados,
si todos son unos bestias?
No hay mas Abogados que este,
sírvase de él, y no tema.
D. Claudio, impóngase usted
por menor en la materia;
tome los correspondientes
informes, registre, y lea
las escrituras, y cuanto
á su razon pertenezca.
Claud. Pero si ya se compone.
Sat. Componerse? Bueno fuera!
No señor: mi amigo quiere,
que usted le ayude y proteja.
Y á quién juzga usted que sirve?
El blason de la nobleza,
á un caballero que tiene
vasallos, títulos, rentas,
baronías, vizcondados,
posesiones y encomiendas.
Vict. Quereis ridiculizarme,
Señor?
Sat. Me haceis una afrenta,
la verdad debe decirse.
Faust. Ved que ya es tarde. *ap. á Clau.*
Claud. Licencia
me dad de que ahora me ausente
para volver mas apriesa. *vase.*
Sat. Cuidado, que os esperamos.
Señor, Usía me crea;
quedareis muy complacido,
porque es un pozo de ciencia.
Vict. Lo creo; pero su estudio *ap.*
ya para mí no aprovecha.
Faust. Señor, no vais á mudaros?
Sat. Despues iré, que me espera
la cocina: verá usted,
Señor Vizconde, qué mesa!
Ni Baltasar, ni Cleopatra
vieron semejante cena.
Sale Eug. Me llama V.? No está aquí *ap*
D. Claudio; si lo supiera
ántes no hubiera venido.
Sat. Diviértanse ustedes mientras
yo hago el guisado. Aquí hay sillas.
Se sientan los tres.
Chupa-guindas? *muy tiznado y ridículo.*
Sale Chup. Señor?
Sat. Echa
bastante fuego, y que estén
todas las hornillas llenas.
Señor, un criado como
Chupa-guindas no se encuentra,
fiel, callado, laborioso,
limpio... vamos, corre, vuela. *v. los 2.*
Vict. Qué jovial es D. Saturio!
Faust. Qué superficial debierais
decir!
Vict. Esta señorita
está demasiado seria.
Faust. Ella tendrá sus motivos.

Eug. Si usted saberlos desea,
se los diré francamente.
De este modo haré que ceda *ap.*
en sus cansados obsequios.
Amo, dí á quien mis finezas
merece, un leve disgusto,
se ausentó, y hasta que venga
yo no puedo estar alegre.
De aquí nace mi tristeza;
y lo publico, porque
de confesar una honesta
pasion que aprueba el decoro,
no debo tener vergüenza.

Faust. La sinceridad, señor,
füé siempre la mejor prenda
de mi hermana.

Vict. Es tan extraña
en las mugeres tan bella
propiedad, que es harto digna
de admiracion quien la tenga,
y este mérito me rinde
á amar siempre á Doña Eugenia.

Eug. Siento decir á usted cuánto
en valde su amor emplea.

Vict. Bien está; mas la esperanza
ninguno debe perderla.

Eug. Y en qué quereis esperar?

Vict. En los acasos que puedan
ocurrir. A un accidente
hasta el amor se sujeta.
Cuando ascienden las fortunas
á superior eminencia,
ó deben precipitarse,
ó es preciso retrocedan.
Si por acaso en su enojo
vuestro amante persevera,
siempre tendré adelantada
mi declaracion honesta.

Faust. Bien dice el señor Vizconde:
hay mil acasos, Eugenia.

Eug. Para mí no puede haber
acasos.

Vict. Sea en hora buena.
Sobre este particular
yo no os causaré molestia;
pero alegraos; hablemos
en asuntos que os diviertan.

Eug. No es facil. Mi corazon
aun á respirar no acierta
de afligido.

Sale Lis. Señorita,
acabo de ver desde esa
ventana...

Eug. A quién?

Lis. A Narciso,
que sube por la escalera.

Eug. Gracias á Dios! Oyes, viene
enfadado?

Lis. Antes da muestras
de venir alegre.

Eug. Sí?
Justo es que se lo agradezca
á mi hermana, que á D. Claudio
rogó que le redugera.

Lis. Sí señora, que á los dos
he visto hablando á la puerta.

Vict. Observe usted: me parece
que el rostro de Doña Eugenia
resalta con nuevos brillos.

Faust. Le habrá traido Liseta
noticias de aquel sugeto.

Eug. Es así: vele ahí: ya llega.

Vict. Señora, un amor tan fino
le puede envidiar cualquiera.

Sale Nar. Qué nuevo embarazo es este?
suspendiéndose al salir.

Faust. Señor D. Narciso, venga
usted: no tenga reparo;
este caballero llega
en este instante; es amigo
de mi tio, y se va fuera
de Madrid muy pronto. No es
verdad?

Vict. Que dice esta buena
muger? *ap.*

Narc. Qué satisfaccion
tan inoportuna es esta?
Señor, yo os beso las manos.

Vict. Yo soy de usted muy de veras.

Narc. Señoras, á vuestros pies.

Eug. El señor siempre se esmera
en hacerse desear.

Narc. Señora, dudo que tenga
yo méritos para ser
deseado.

Faust. Sentaos.

Narc. Fuerza
es obedecer.
Eug. Arrimad
aquí una silla, Liseta,
venga usté á mi lado.
Narc. Estoy
bien; aprecio la fineza.
Eug. Es que tengo que deciros
una cosa con licencia
de estos señores.
Narc. Tiempo hay.
Eug. Quien le tiene no le espera.
Narc. Se conoce que está usted
muy alegre y satisfecha.
Ve aquí la impresion que le hacen
mis enojos y mis quejas.
Vict. Su alegría juzgo que
de haberos visto proceda.
Narc. De haberme visto? *con seriedad.*
Vict. Sin duda,
y os doy mil enhorabuenas
por la feliz posesion
de tan singular fineza.
Narc. El señor que ha llegado ahora
sabe ya de Doña Eugenia
los secretos?
Eug. Siente usted,
que nuestro cariño sepan?
Narc. No lo sentiria yo
si la verdad se digera.
Eug. Yo por mi parte la digo,
vos dudareis por la vuestra.
Sale Don Saturio con delantal de cocina, gorro y cuchillo.
Sat. Fausta?
Faust. Qué bello disfráz!
Sat. Señores, á la obediencia.
sabes dónde está el azúcar?
Faust. Dale el azúcar, Liseta. *vas. Lis.*
Sat. Quiero hacer un agridulce
para mi amo. Oh, qué bella
visita! Señor D. Narciso,
perdonadme, creí que erais
D. Claudio, vendreis á honrar
esta noche nuestra mesa.
Narc. Lo agradezco, mas no admito.
Sat. Señor, me dareis licencia
de convidar á este ilustre
jóven? él es una perla,
es un compendio del gusto,
del honor y la modestia.
Narc. No mandais en vuestra casa?
Sat. No señor, no mando en ella
mientras el Señor Vizconde
en su recinto se hospeda.
Narc. Es forastero el Señor
Vizconde?
Sat. Sí, es de Valencia.
Narc. Y estará mucho en Madrid?
Sat. Oh! muchísimo. Nos queda
tiempo de servirle. Tiene
un pleyto de consecuencia
en la Corte, y vuestro amigo,
aquel grande hombre de letras,
ha de defender su causa.
Narc. Y acababa da decirme esta *ap.*
señora que se va pronto.
Algo incluye tal cautela.
Sat. Yo tengo mucho que hacer.
Señor Vizconde, ahí os queda
este Caballero; él solo
puede suplir mis ausencias.
Es el muchacho mas hábil
que en todo el mundo se encuentra;
y de la pintura entiende
lo mismo que otro cualquiera.
Ah! qué os parece mi pobre
galeria?
Vict. Es cosa regia.
Sat. Pero en dos horas no mas
toda no pudisteis verla.
Narc. Dos horas ha que está aquí
este Caballero?
Sat. Y buenas.
Rato ha que nos favorece.
Narc. Y á mí me dicen que llega *ap.*
en este instante. Ah falsarias!
Esto es mentir sin vergüenza.
Sat. Señor Don Narciso, usted
disfrutará la excelencia
de cenar con el mas claro
lucero de la nobleza.
Narc. Yo lo estimo, pero no
puedo admitirla.

Sat. Por fuerza.
Narc. No es posible.
Sat. Yo lo mando;
pero mandar yo en presencia
de mi amo y Señor? No, mi amo
es quien os suplica y ruega
que os quedeis.
Vict. Ved, Don Saturio,
que si tiene otras urgencias
el Señor, no es regular
que por quedarse las pierdas.
Narc. El amigo no querria *ap.*
que me quedase, por esta
razon tengo de aceptarlo
para apurar sus ideas.
Eug. Mucho extraño que Narciso *ap.*
resista. Esto es evidencia
de que otros cuidados mas
que mi gusto le interesan..
Sat. Y bien, Don Narciso?
Narc. Extraño *ap.*
que no me combide Eugenia;
se ve que la importa poco.
Eug. Vaya, señor, no nos queda
mas que hincarnos de rodillas
para que usted condescienda.
Narc. Señora, no aspiro á tanto,
y creed que si no temiera
incomodar, desde luego
aceptára.
Eug. Guardad esas
disculpas y esos pretextos
para quien no los entienda.
Decid que vuestra cuñada
está sola, y que el hacerla
compañía es mas preciso.
Tio, no hay mas causa que esta,
y así no dé usted lugar
á que le eche una pendencia.
Narc. Ve ahí su estilo, porque yo *ap.*
no me queje, se queja ella.
Sat. No hará tal. Ved, D. Narciso,
que el estofado se pega.
Dadme el sí para consuelo.
Narc. Pues solo porque se vea
cómo se engañan algunos,
me quedo á recibir vuestras
honras.
Sat. Viva Don Narciso.
Eug. Me ha dejado satisfecha.
Sat. Pero esto ha de manejarse
con toda delicadeza.
Señor Don Narciso, tiene
que suplicaros Eugenia
un favor.
Narc. Favor á mí?
que habrá en que no la obedezca!
Eug. Qué será? *ap.*
Sat. Eugenia os suplíca
que al punto vayais por vuestra
cuñada, y que la traygais,
porque nos honre en la mesa.
Narc. Vos me pedis eso?
Eug. Yo?
No he soñado tal simpleza.
Sat. Cómo simpleza?
Eug. No lo es
á una dama recoleta
incomodarla á estas horas?
Sat. Qué incomodidad es esa?
Adonde está su cuñado
puede venir sin reserva.
Eug. Por mi parte puede hacer
lo que mejor le parezca.
Sat. Ruégaselo.
Eug. Yo? seguro
está.
Sat. Hay mayor friolera!
Narc. No os empeñeis. Mi cuñada
no vendrá.
Eug. Yo lo dijera. *ap.*
Si está zelosa de mí,
cómo es posible que venga
á mi casa?
Sat. Probarémos.
Narc. Yo no me obligo á traerla.
Sat. Pues quereis dejarla sola?
Narc. En tal caso será fuerza
que yo tampoco me quede.
Eug. En tal caso él irá á hacerla
compañía.
Narc. No sé dónde
ha de llegar mi paciencia.
Sat. Yo mismo iré á combidarla,

no se hable en la materia.
Chupa-guindas?

Sale Chupa-guindas con delantal y gorro muy tiznado y ridículo, trae una cazuela en la mano, y cae al salir.

Chup. Señor::- Ay!
Sat. Qué has hecho, borrico, bestia?
Chup. Ve usted la causa por qué
yo no quiero andar de priesa.
Sat. Recoge eso.
Chup. Dónde?

Recoge lo que la cazuela traía en el mandil.

Sat. En el
mandil ó en las faltriqueras.
Ay tal mentecato! Has roto
Coge los pedazos.
la mas ilustre cazuela
que hubo en cocina, aunque estaba
coja, cascada y mugrienta.
Mira, vienen dos personas
mas, añádele á cena
cualquier cosa.
Chup. Y los cubiertos?
Sat. Dices bien: voto á mi abuela;
cómo lo hemos de hacer ahora?
Chup. Allí están los de madera.
Sat. Y qué dirán? Mas ya sé
del modo que se remedia.
Diré á Doña Rosalia
que me preste una docena:
ve á trabajar.
Chup. Si señor. *vase.*
Sat. Vayan estos trapos fuera,
venga el baston y el sombrero.
Vict. Qué os vais?
Sat. Presto doy la vuelta:
para remediarlo todo
no hay en el mundo cabeza
como la mia: Mejor
primer Ministro no hubiera
en las Californias, ni en
el Areópago de Atenas. *vase.*
Vict. Aquí un imparcial disfruta
la diversion mas completa.
Eug. Siento mucho el sacrificio
que hace Don Narciso en esta
ocasion.
Narc. Yo siento que
bien admitido no sea.
Vict. Señores, ved que el amor
no vive de turbulencias,
sino de serenidades.
Faust. Aconsejadles que sean
mas pacíficos.
Narc. Sería
yo mas feliz si tuviera
vuestro mérito, señor.
Vic. Yo no sé que alguno tenga,
pero si me quisiese una
dama como Doña Eugenia,
me juzgaría dichoso.
Narc. Quién os impide tan bella
satisfaccion?
Vict. Yo á ninguno
hago mal tercio.
Narc. A mí crea
usted que ya::-
Eug. Si por él
lo decís, errais la cuenta,
que él me renuncia con todas
las solemnidades.
Narc. Ella *ap.*
interpreta mis palabras
á medida de su idea.
Faust. El Vizconde no pretende
embarazar la carrera
de vuestros amores, ni es
capaz de usar tal vileza.
Narc. Si ha venido en este instante,
y se va hoy mismo á su tierra.
Faust. Yo lo dije porque:::-
Eug. Calla,
no conoces ya sus temas?
tiene gana de gritar.
Narc. Y usted, señora, desea::-
Se sienta junto á Don Victor.
pero no, he resuelto ya
no apurarme la paciencia.
Perdonad, señor, de dónde
venís?
Vict. Vengo de Valencia,

mi patria.

Narc. Me han informado
que es una Ciudad muy bella.

Vic. Sí señor, muy abundante,
muy alegre, y muy amena.

Faust. Pero eso qué nos importa?

Eug. Déjale que se divierta.

Narc. Me han dicho que su apacible
cielo produce bellezas
singulares. Son hermosas
las valencianas?

Vict. Perfectas,
afables, dulces, y tienen
un atractivo que eleva.

Narc. Decid, son tan obstinadas
como nuestras madrileñas?

Vict. Eso no sé distinguirlo.

Eug. Decidme, son en Valencia
impolíticos los hombres?

Vict. Eh! dejad esas contiendas.
Señores, ustedes se aman *se levanta.*
del modo que otros se pelan:
yo me retiro, porque
tengo la sangre muy fresca,
es la alegría mi númen,
y aborrezco las pendencias.
Señora, acuérdese usted
de los acasos que puedan
ocurrirse. *vase.*

Narc. Qué acasos dice?

Faust. Ni los sé, ni me interesan;
mas sé que entre enamorados
es ignorante el que media. *vase.*

Narc. Yo enamorado? qué loco
sería si lo estuviera!

Eug. Yo enamorada! primero
me echaria de cabeza
en un pozo.

Narc. Se conoce *ap.*
que mi vista la molesta.

Eug. Se vé que mi amor le cansa. *ap.*

Narc. El Vizconde es quien se lleva
su atencion.

Eug. Falso.

Narc. Y que yo
por quien me aborrece pierda
la tranquilidad y el gusto?

Eug. Mas quiere él á la supuesta
cuñada que á mí.

Narc. Es preciso
que separarme resuelva
de esta inhumana. No hay duda
que me es sensible perderla,
mas conseguiré triunfar
de una pasion tan acerba.

Eug. Si me trata de este modo
ahora, qué hará cuando sea
mi marido? Dios me libre.

Narc. Lo que mas me desespera
es, que no me dice nada.

Eug. Pero qué hago yo aquí, necia
de mí, con este insensato!
Se levanta, y hace que se va.

Narc. Id, que el Vizconde os espera.

Eug. Avise usté á su cuñada
que hoy no va á cenar con ella.

Narc. Vamos, esto es insufrible.

Eug. Id á pedirla licencia;
mas no, que usted no querrá
que su cuñada lo sepa,
porque se disgustaría.

Narc. Y no se pudre tal lengua?

Eug. Pobre cuñada! es preciso
obsequiarla y complacerla.

Narc. Deje usted á mi cuñada.

Eug. Señor mio, quién la llega?
Solo porque vos la amais
la respeto yo.

Narc. Quisiera
ser de mármol. Vive el cielo::-
pero ausentarme es mas cuerda
resolucion. Yo me iré
adonde jamás me vea
una ingrata, que con solo
mi martirio se deleyta.
A Dios para siempre, A Dios.

Eug. Qué lindamente se enmienda!
Ya no se enfada.

Narc. No puedo
sufrir mas.

Eug. Usted lo yerra
en inquietarse por mí;
pero esta es la vez postrera.

Narc. Del tiempo que me he inquietado
por una falsa, me pesa.

Eug. Una vez que habeis resuelto

huir de quien os inquieta,
desde hoy podreis ya dormir
con tranquilidad serena:
vamos, resolved.

Narc. Ah ingrata!
tampoco sientes mi ausencia?

Eug. Pues si la deseo, cómo
es posible que la sienta?
vaya, idos.

Narc. Antes verás
mi muerte, inhumana, fiera.

Eug. O! cada instante se mata
usted, pero nunca llega.

Saca un cuchillo Don Narciso con reserva.

Tened, qué haceis, Don Narciso?

Narc. Qué quereis?

Eug. Qué es lo que en esa
mano teneis?

Narc. Nada.

Eug. En la otra.

Narc. Nada.

Eug. Las dos quiero verlas.

Narc. Digo que no tengo nada.

Eug. Qué locuras haces? Suelta
el cuchillo.

Narc. Qué cuchillo? Deliras. A Dios.

Eug. Espera.

Narc. Qué quieres?

Eug. Dame el cuchillo,
no abuses de mi paciencia.

Narc. Qué pensais que voy á hacer
con él? Mondar una pera.

Eug. Narciso. *con ternura.*

Narc. Déjame, aparta.

Eug. Por mi amor, por tu fineza.

Narc. Ya no hay amor para mí,
ni compasion, ni clemencia.

Eug. Oye una palabra sola.

Narc. Qué es lo que decirme intentas?

Eug. Sola una palabra.

Narc. Díla.

Eug. Si quieres que hable, sosiega
tu enojo:

Narc. Ah!

Eug. Dame el cuchillo.

Narc. No.

Eug. Mi llanto te lo ruega,
si no por el amor que ahora
me tienes, por la terneza
con que algun tiempo me amaste.

Narc. Yo muero.

Se arroja sobre una silla, y deja caer el cuchillo, y le coge Eugenia y le arroja con graciosa risa.

Eug. Maldito sea
el cuchillo. Tan odiosa
es á tus ojos Eugenia,
que te conduce á la muerte
el deseo de perderla?
Ingrato::- y puedes pensar
que yo en mi pecho admitiera
otra llama que la tuya?
No, primero que me vean
amar á otro sino á tí,
alterará su carrera
el sol.

Narc. Y podré creerte?

Eug. Lo juro.

Narc. Y por qué le muestras
tanta amistad al Vízconde?
Por qué se le manifiesta
nuestro secreto; y por qué
dice tu hermana que apénas
habia llegado, siendo
todo mentira y cautelas?
Esta falsedad no debe
originar mis sospechas?

Eug. Ah, Narciso! Nada de eso
tu tranquilidad altera.
La injusta desconfianza
con que me miras, inquieta
tu corazon, y de insultos
arma contra mí tu lengua.
Si al Vizconde hablé, fué solo
por satisfacer las necias
atenciones de mi tio.
Si le declaré sincéra
mis amorosos secretos,
mas que agravio fué fineza,
porque vivo tan ufana
de saber que se reserva
para mí solo tu amor,
que mis labios se deleytan
en repetir mi victoria,
y en que los demas la sepan.

Mi hermana que tu caracter
conoce, al observar que entras
serio y enojado, quiso
serenar tu pecho, y necia
cubrió un acaso inocente
de una traidora apariencia.
Todo esto qué importaría
si á tu reflexîon debiera
mas confianza mi fé?
Y tienes tan pocas pruebas
de que te quiero? Es verdad
que mis celosas ideas
tal vez me sugieren frases
satíricas é indiscretas;
pero yo las siento mas
que tú, aunque mucho lo sientas,
que en tu oido son el humo,
y en mi corazon la hoguera.
Propones abandonarme;
egecuta cuanto quieras;
tú me olvidarás, mas yo
no imitaré tu fiereza.
Tú encontrarás una esposa
mas amable y mas perfecta,
no mas constante y leal
que tu siempre firme Eugenia.
Prívame, en fin, de tus ojos,
si el verme te causa pena:
pero conserva tu vida
por tí mismo, y considera
que en tí amenazas el golpe,
y en mi corazon le empleas.
Si un remoto sentimiento
al huir mi vista yela
tú pie, yo sabré apartarte
el rubor de mi presencia.
A Dios, y lleva en tu pecho
duplicada la promesa
de que aunque tú no seas mio,
yo no puedo ser agena,
y te amaré miéntras viva
noble, fiel, constante y tierna.

Narc. Detente, que á tus pies pido *se*
perdon de mi ligereza. (*arrodilla.*

Salen Don Saturio y Doña Rosalia.

Sat. Entrad, Doña Rosalia.

Narc. Ay Dios! si me han visto en esta
accion, qué dirán? *ap.*

Eug. Ve aquí; *ap.*
para que yo lo creyera.
Se conoce que ha sentido
que su cuñada le vea
arrodillado á mis pies.
Solo de mirarla tiembla.

Ros. Pobre Narciso! Lo siento. *ap.*
La improvisa entrada nuestra
le estorba un bello coloquio.

Sat. Qué es esto? qué le molesta
algun mal á Don Narciso?

Eug. Qué sé yo, él lo dirá.

Narc. Apénas
puedo sostenerme en pie.
Un vaido de cabeza
me privó, caí en el suelo.
El disimular es fuerza,
por no dar á Don Saturio *ap.*
motivo á alguna sospecha.

Eug. Cómo disimula porque
su cuñada no lo entienda!

Sat. Y cómo os sentís ahora?

Narc. Mejor.

Sat. Yo tengo selectas
medicinas. Esperad,
sacaré de una gaveta
un excelente secreto
del asombro de la tierra,
el famoso Pablo Daines. *vase.*

Ros. Perdonad, querida Eugenia,
si he venido á incomodaros,
pues vuestro tio me empeña
violentamente á un exceso.

Eug. Con que sin una violencia
no hubierais venido á honrarnos?

Narc. Ay cielos! yo temo núeva
confusion.

Ros. No está mi esposo
en Madrid, y yo en su ausencia
no salgo jamás de casa.

Eug. Ni por la tarde siquiera
habeis salido á pasearos?

Ros. Ah, sí, ahora se me acuerda,
con mi cuñado fuí ayer;
no dudo que os lo dijera.

Eug. No usa conmigo el señor
confianzas tan estrechas.

Ros. Hace mal; nada se oculta.

á quien se quiere de veras.
Eug. Qué teneis? Está en su casa
siempre tan triste?
Ros. Tristeza...
mi cuñado? en casa todo
le regocija y alegra.
Eug. Sí, no se entristece mas
que cuando está en mi presencia.
Narc. No direis que siempre he estado
de esta suerte.
Eug. Quién lo niega?
Desde que le soy odiosa
le acomete esta dolencia.
Ros. Odiosa? pues siempre le oigo
suspirar por vos.
Eug. No juega
alguna vez á los naypes
en su casa?
Ros. Sí, diversas
veces jugamos.
Eug. Y aquí
jura, maldice, reniega,
saca los cuchillos:- Dónde
está aquel cuchillo? venga,
que se le quiero volver
yo misma. *hace que le busca.*
Ros. Y por qué haceis esas
locuras?
Narc. Porque:- yo:- ahora
no puedo hablar.
Vuelve Eugenia, y los ve hablar en secreto.
Eug. Qué friolera!
Si teneis que tratar cosas
que no quereis que las sepan,
en vuestra casa podiais
tener esas conferencias,
y no veniros á dar
escándalo en las agenas. *vase.*
Ros. Qué dice esta muger?
Narc. Yo
no lo sé, Dios me defienda
de mí mismo, que en sí mismo
mi pecho el peligro lleva. *vas. der.*
Ros. Qué es esto, puede ascender
á tal grado la demencia
de sus celos, que en mí lleguen
á recaer sus sospechas?
Este agravio á mi decoro?
Fortuna que hoy mismo llega
mi marido. Mas yo ahora
he de quedarme aquí expuesta
á sufrir otro desayre?
No: de ninguna manera;
yo me voy, y haré á mis ojos
partícipes de mi afrenta.
Sale Sat. Aquí está el grande secreto.
Se han entrado á la otra pieza?
Ros. Yo no lo sé. Acompañadme.
Sat. Dónde?
Ros. A mi casa.
Sat. Y la cena?
Ros. Qué cena Hacedme el favor
de sacarme de aquí apriesa.
Sat. Por qué?
Ros. Os lo diré en mi casa
Sat. Pero...
Ros. Si os deteneis, fuerza
será que me vaya sola.
Sat. Vamos adonde usted quiera.
Qué novedad habrá habido?
Ros. Yo voy absorta: voy muerta. *v.*
Sale Eug. Doña Rosalía, vuelvo
á que de mi ligereza...
Mas dónde está? Se ha ausentado.
Yo he precedido indiscreta,
y ella debió de picarse.
Pero qué... se fué con ella
D. Narciso? sí, no hay duda;
ve aquí el ingrato me deja
por servir á su cuñada,
y culpa mis impaciencias.
Mas yo esta vez he de darla
un chasco á ver si escarmienta.
En el cuarto de mi tio...
Pero estas cosas se arriesgan
mas cuando mas se meditan.
Falso, yo te haré que entiendas
cuánto injuria á un pecho amante,
una vil correspondencia. *vase.*

Calle y obscuro, con una puerta á la izquierda, salen por la derecha D. Saturio y Doña Rosalia.

Sat. Ve allí, aquella es vuestra casa;

pero ántes de entrar en ella,
decidme, qué os ha obligado
á resolucion tan séria?

Ros. Qué puede obligarme? Nada;
mugeriles imprudencias
de vuestra sobrina. Dice
las cosas como las piensa,
y yo no debo sufrir
que á mi respeto se atrevan.

Sat. Pero qué os dijo? Yo dudo
que mi sobrina quisiera
enfadaros; su carácter
es sencillo; su inocencia
es singular, y su genio
es blando como una cera.
Sin embargo, algunas veces
rábia, maldice y patea;
pero en cuanto á lo demas
la chica es una cordera.

Doña Eugenia al bastidor con capa, sombrero y espada.

Eug. Allí están los dos; los celos
á mis pies diéron espuelas,
que si no se entran en casa
burlando mi diligencia,
el fementido galan,
y la rival encubierta.

Sat. Entrad.

Ros. Baja luz, Anselmo.

Eug. Villano, así se escarmientan
traiciones averiguadas
y prevenidas cautelas. *dale y vase.*

Ros. Ay de mí!

Se entra y cierra la puerta.

Sat. Ay de mí tambien,
que me han roto la cabeza.
Del hueso pericráneo
me han quitado libra y media.
Doña Rosalía... pero
se fué, y aun cerró la puerta.
Cielos, quién pudo atreverse
á desbaratar las ciencias
que en mi cerebro se archivan?
Pero voyme ántes que vuelva
alguno á rematar la obra
á que en la vecina tienda
me apliquen al casco huevos,
estopas y girapliega.

ACTO TERCERO.

Salon con mesa y luz: sale Eugenia

Eug. Dicha ha sido sin que alguno
lo notase haber entrado
en casa; Fausta y mi tio
ahora estarán ocupados
en el obsequio del huésped.
Poco ha que salió Don Claudio,
de aquí, y habló con mi hermana.
Si habrá visto á aquel ingrato,
si de resultas del golpe
padecerá grave daño?
Verdaderamente yo antes
debia haber meditado...
Mas por qué he de arrepentirme
del castigo que dí á un falso
amante, quando los celos
mi pecho están devorando?
No; lo que siento es que entónces
no se hubiese trasladado
la furia del corazon
á la violencia del brazo.
Pero en fin, ya que no baste
mi furor para su estrago,
le echaré de mi memoria,
y borraré su retrato:
Ay! que el proponer es fácil;
mas podré cumplirlo acaso?
Sí; porque impondré silencio
á mis afectos villanos,
y sepultando mi vida
en los límites de un claustro,
exhalaré mis suspiros
donde no pueda escucharlos
sino mi propio tormento,
mi afan, mi pena y mi llanto.

Sale Doña Faus. Qué haceis aquí sola?

Eug. Nada.

Faust. Lloras?

Eug. No.

Faust. Yo me persuado
que inventas estas locuras
deseosa de tu daño,
á fin de que Don Narciso
de tí se vaya cansando.

Eug. Y qué me importa?
Faust. Yo sé
si te importa ó no. Es en vano
conmigo tu disimulo.
Eug. Te persuades á un engaño.
Faust. Pues que ya no le amas?
Eug. No.
Faust. Los celos te están dictando
estas expresiones. *Eug.* Presto
verás sus resultas.
Faust. Cuándo?
Eug. Mañana, cuando me veas
por fruto de un desengaño
gozar mi tranquilidad
distante de los humanos.
Faust. Qué te quieres meter Monja?
tú lo pensarás despacio.
Eug. Hermana, aun no me conoces.
Faust. Te conozco demasiado,
y de tus resoluciones
por lo mismo no hago caso.
Eug. Soy irracional, no es esto?
Soy inconsecuente.
Faust. A ratos;
ó que Doña Rosalía
lo diga.
Eug. Y en qué he injuriado
yo á esa señora?
Faust. No es nada,
y se quedó aquí llorando,
segun me dixo Liseta.
Eug. Mas la causa de su llanto
no la sabes. Pues lloraba
porque halló aquí á su cuñado.
No quisiera que jamas
se apartase de su lado;
y si se queda á comer
en otra parte, si acaso
no va presto á servirla
en la mesa, á hacerla plato,
y para que no se queme
tambien á entibiarla el caldo,
dice que no la respeta
como merece su estado.
Faust. Poco puede durar eso.
Eug. Cómo poco?
Faust. Sí; en llegando
su marido se acabó;
y segun dijo Don Claudio,
le esperaban esta noche.
Eug. Sí, pues mira qué cuidado
tiene de venir á verme.
Sabe él apartarse acaso
de su cuñada?
Faust. Vesle ahí.
Eug. Aquí viene, cielos santos!
yo me turbo al verle. Sí
me conocería cuando::-
Mas su rostro no da señas
de algun interior quebranto.
Faust. Hablale con suavidad.
Eug. Quieres que vaya á rogarlo?
Faust. No te ruega él otras veces!
Eug. Yo no sé humillarme tanto;
mas si pudiera esperar
que su amor me fuese grato...
quién sabe... tal vez... entónces...
Sale Narc. Señoras, estoy postrado
á vuestros pies, permitidme,
mi señora Eugenia un rato
de atencion, y oireis lo que
nunca habreis imaginado.
Me alegro que Doña Fausta
esté aquí, y oiga lo que hablo.
Faust. Mal humor trae. Jamás
le he visto tan sofocado.
Eug. Qué apuestan que todavía
nos viene haciendo de guapo?
Narc. Vos sabeis que os quiero, mas
tampoco habreis ignorado
que soy un hombre de honor.
Eug. No sé ni uno ni otro.
Narc. Acaso
pondreis duda en mi honradez?
Faust. Sí siempre está delirando.
No se ve que expresamente
lo dice por enfadaros?
Narc. Esta señora es muy dueño
de hablar, y decir cuanto
quiera contra mi amor; pero
no contra el honor que guardo.
Eug. A ceñir yo espada, ya
me hubierais desafiado.
Narc. Dichosa vos, que podeis
impunemente burlaros
de unos asuntos bien sérios.

para mi. No obstante, vamos
a lo que importa. Mi amor
para con vos ha llegado
al mas irrisible extremo.
Me constituye insensato,
enemigo de mí propio,
é imparcial con los humanos.
Mas todo esto importaría
poco, á no haberme graduado
de impolítico, grosero,
y lo que es peor, de ingrato
contra mi sangre y familia.
Decid, qué dirá mi hermano
cuando sepa que he sufrido
injurias contra el recato
de su esposa.

Eug. Vaya, que
ya la habreis desenojado
en el camino.

Narc. Yo cómo?

Eug. La fuisteis acompañando,
y me preguntais el cómo?

Narc. No hice tal: desesperado
salí de aquí; pero luego
en fe de discursos varios,
eché de ver cuán preciso
era cumplir con entrambos
conduciéndola á su casa,
y vuelvo determinado
á egecutar lo que debo.

Eug. Quién sería el mentecato *ap.*
que la acompañó; y en quien
mis celos se han despicado!

Narc. Y así, me dareis permiso...

Salen Don Saturio con la cabeza entrapajada.

Sat. Fausta, Eugenia, por los Santos
de vuestra devocion,
me pongais sobre estos trapos
aunque sea de la cama
la colcha, que me desmayo.

Faust. Pues qué ha sido esto?

Sat. Fuí á Doña
Rosalía acompañando,
y al entrar en su portal...

Eug. Qué oigo!

Sat. Algun picaronazo,
sin decir oste ni moste
me pegó un chirlo de un palmo.

Narc. Y ella?

Eug. Esta declaracion
me disuade de mi engaño. *ap.*
Por fin, siento que en mi tio
caiga el mal, pero no tanto.

Sat. Se afufó, y cerró la puerta;
pero sobrinas, qué diablos
haceis? Corred, aplicadme
cualquier cosa... Mas dexadlo,
que ahora que me acuerdo, vo
á la cocina volando.
Chupa-guindas?

Dent. Chup. Señor?

Sat. Sal
aquí al instante.

Sale Chup. Ya salgo.

Sat. Y la lumbre?

Chup. En la cocina.

Sat. Y los pichones?

Chup. Pelados.

Sat. Y la ensalada?

Chup. Picada.

Sat. Y la ternera?

Chup. En el tajo.

Sat. Y el vino?

Chup. Allí está

Sat. Y los pollos?

Chup. Uno se el llevó el gato.

Sat. Hombre, qué cuidado tienes!

Chup. Pero allí se dejó el caldo.

Sat. Y tú dónde andabas?

Chup. Yo
le fuí á coger por el rabo;
pero él estaba de priesa,
y se me escapó de un salto.

Sat. No importa. Si falta un pollo
tambien hay un convidado
menos: ven, que son las nueve
y querrá cenar mi amo. *vas.*

Narc. Quién sería este hombre?

Eug. Quien?
Algun nuevo apasionado
de sus perfecciones.

Narc. Eso
hace á su modestia agravio,
y yo no debo sufrirlo.

Eug. Teneis celos? Despicadlos

con ese galan oculto.
Narc. Señora, no hagais escarnio
de mis sentimientos.
Eug. Soy
loca: ya estais informado.
Narc. No digo tal.
Eug. Pues decidlo.
Narc. Cuerda sois, y demasiado
conoceis de una pasion
los transportes tumultuarios;
pero yo he sido tal vez
mas discreto en evitarlos.
Debia haber conocido
que tus celos son un claro
indicio de tu fineza.
Eug. Si lo conoces, ingrato,
por qué no buscas el medio
mas pronto de remediarlos?
Narc. Sí: no tardarán en verse
nuestros deseos logrados,
y conocerás, querida
Eugenia, cuánto te amo.
Eug. Ah! Ya es tiempo que respire
mi corazon agitado.
Narc. Ahora espero, dueño mio,
de tus amorosos labios
un favor.
Eug. Manda: eres dueño.
Narc. Ya sabes lo que ha pasado
con mi cuñada aquí mismo:
que se fué bañada en llanto,
corrida de tus sospechas,
y tus disgustos amargos.
Sabes el lance que ahora
tu tio nos ha contado,
y que uno y otro es preciso
que tenga sobresaltado
su corazon.
Eug. Y qué quieres?
Narc. Que me permitas que un rato
vaya á consolarla, á fin
de que si viene mi hermano
no la encuentre sola, llena
de pesares y quebrantos.
Eug. No tiene quien la acompañe?
Narc. Quién? ya lo ves. Los criados.
Eug. Esta es la enmienda que tiene;
mas soy necia en apurarlo. *ap.*
Si debes cumplir con todo;
ve, que te estará esperando.
Narc. Lo dices de veras?
Eug. Yo
nunca me chanceo.
Narc. Es este el favor que habiais
de concederme?
Eug. Y acaso,
no digo que os le concedo?
Narc. Sí, de mala gana.
Eug. Cuando
cumples tu gusto, en el mio
no debes hacer reparo.
Narc. Cumplir mi deber quisiera.
Eug. Cumplidle, no os lo embarazo.
Narc. Eso sí, que á todo trance
quiero y debo egecutarlo;
si el dedicarme á la justa
obligacion en que me hallo
me cuesta perder tu amor,
perderé la vida á manos
de mi pena; mas no debe
preferir un hombre honrado
al honor de su familia
sus sentimientos privados.
Eug. Hareis por mí una fineza?
Narc. Cuál? Solo saberla aguardo.
Eug. Que os vais al instante, y que
no me esteis atormentando.
Narc. Y he de dejarte enfadada?
Eug. Yo no lo estoy, porque es claro
que el honor de una familia
vale mas que los alhagos
de un amor::- Pero qué amor?
Ah! Ya me he desengañado.
Narc. Injusta, falsa, cruel.
Eug. Qué decís? Ved que no aguanto
insolencias.
Narc. Ni yo puedo
sufrir las penas que paso.
Sale D. Claud. Amigo, oye una pala-
con vuestro permiso. (bra:
Narc. Ay Claudio!
socórreme.
Eug. Socorred
á ese inocente. Quitadlo
de la vista de una loca
que le está mortificando.

Claud. Amigo, al volver aquí
Doña Fausta me ha contado
lo que ocurre, y me parece
muy mal no hayas hecho caso
de tu cuñada; y que á mas
de no haberla acompañado,
no vayas y la procures
satisfacer de este agravio.
Eug. Y por qué no va á servirla?
Si yo se lo estoy rogando.
Narc. Vos me lo rogais, eh?
Claud. Vaya,
acuérdate de tu hermano,
y cumple esta obligacion.
Eug. Y advertid que mas me enfado,
cuanto mas tardeis en iros.
Narc. Ah, qué corazon tan falso!
Claud. Esto lo exîge el decoro.
Narc. Sí; vamos presto, Don Claudio.
Claud. Y Doña Eugenia tambien
te lo permite.
Narc. Sí, vamos.
Claud. Disculpadle.
Eug. Lo merece.
Narc. Inhumana.
Eug. Ya me canso
de oir injurias. Os vais,
ó me voy yo de este cuarto?
Narc. Traidora, infiel... Yo me iré,
no tengais que incomodaros. *vase.*
Claud. Perdonadle, que es forzoso....
Eug. Bien está, seguid sus pasos.
Claud. Pues qué os enfadais conmigo?
Eug. Señor protector, guiadlo.
Claud. Yo de quién soy protector?
Eug. Protector de los cuñados.
Claud. Sois muger, y estais celosa;
es menester disculparos. *vase.*
Eug. Gracias á Dios que se han ido,
y queda todo acabado.
Si llegare á ser mi esposo,
yo viviria penando
siempre, y él en mis cadenas
gemiria involuntario.
Bien se ve que no me quiere,
ni me ha querido. Si alcanzo
esta reflexion, por qué
no estimo su desengaño?
Por irse con su cuñada
me deja á mí delirando,
y yo deberé quererle?
No, no haré yo ese atentado.
Pero ay Dios, que esta memoria
mi pecho está devorando.
No es el amor quien produce
la angustia de mi agitado
corazon, es el enojo;
no el enojo de que ingrato
me abandone, sí el enojo
de haber creido su alhago:
y de ser tan insensata
que la pérdida de un falso
amante ha de reducirme
á un carcelage forzado
en la mansion de un retiro,
porque vaya publicando
mi desesperacion triste
como un triunfo extraordinario
de su perfidia? Eso no,
sepárese de mis brazos;
pero admire la constancia
de un corazon obstinado...
Mas qué constancia (ay de mí!)
si muero de imaginarlo.
Salen Don Saturio y Don Victor.
Sat. Quién es quien manda en la casa?
Soy yo algun hombre de trapo?
Eug. Pues con quién os enfadais?
Sat. Loca, contigo me enfado.
Eug. Conmigo?
Sat. Sí.
Eug. Por qué causa?
Sat. Porque yo aquí soy el amo,
y una sobrina que vive
á expensas de mi conato,
sin consentimiento mio
no debe tomar estado.
Eug. Quién os ha dicho que yo::-
Sat. Fausta me lo ha declarado.
Señor Vizconde, mirad,
no habreis visto ente mas raro
de muger: su gusto á todo
debe ser privilegiado;
es la mas fatua, mas loca,
mas sin juicio; y sin embargo
ya solicita casarse.

Vict. Pues vos la habeis alabado
delante de mí. Digisteis
que igual espíritu y garbo
no se hallaria en el mundo.
Sat. Quién? Yo? Estaria borracho.
Me desdigo: es una loca.
Eug. Señor, como no habreis dado
crédito á las alabanzas,
que no se le deis aguardo
tampoco á los vituperios.
Vict. Para mas aseguraros
de que no os lo creo, si
sucediese algun acaso
de aquellos que yo he previsto,
no tendré algun embarazo
en ofreceros amante
mi corazon y mi mano.
Sat. Cómo? Un Vizconde de Valle-
seco, Señor de vasallos,
se dignará de casarse
con mi sobrina?
Vict. Y si alcanzo
tal felicidad, me juzgo,
señor, muy afortunado.
Sat. Ay sobrina! Este seria
para mí un inmortal lauro,
y para tí un grande honor.
El excelso, insigne y claro
Vizconde de Valle-seco,
pimpollo ilustre de tantos
heroicos progenitores,
flor de la nobleza, ornato
de la virtud, rico, augusto,
científico y cortesano,
gustar de ser mi sobrino?
Hablais de veras?
Vict. Me aplaudo
mas de la formalidad
que de estos títulos vanos
que me dais sin merecerlos.
Sat. Señor Vizconde, los labios,
de la cólera impelidos,
suelen decir mil desbarros.
Creed que Eugenia es perfecta
en todo; su soberano
ingenio no tiene igual,
entiende y sabe de cuanto
se la pida; es cuerda, humilde,
bella, y para no cansaros,
posee en fin cuantos dones
pueden ser imaginados.
Vict. Lo creo; mas sé que tiene
su corazon empeñado
por otro objeto.
Sat. Sobrina,
llegarán tus atentados
à perder esta fortuna
por Don Narciso, ese fatuo,
ignorante, majadero,
vagamundo y mal criado?
Eug. Señor, acordaos que ha poco
que digisteis lo contrario.
Sat. Pues qué dige?
Eug. Le alabasteis.
Sat. Cómo alabar? Yo no alabo
tal género de personas;
y si vuelve à ser osado
à poner aquí los pies....
Si le miras...
Eug. Reportaos,
que Narciso para mí
desde este instante ha acabado.
Sat. Lo oye usted, Señor Vizconde?
Modo de pensar mas sabio
se habrá visto? Esta es prudencia,
virtud reflexion y garbo.
Vict. Decid, señora, llevó
por ventura aquel acaso?
Eug. Cuán oportuna seria *ap.*
una venganza!
Sat. Ea, vamos,
resuelve: en solo un instante
puedes habitar palacios,
ser Vizcondesa, Duquesa,
y aun mas.
Vict. Señora, no tanto;
lo que yo puedo ofrecer
à vuestros pies es un grado
conveniente y decoroso.
Eug. Puede ser que aquel ingrato, *ap.*
cuando me llore perdida
se arrepienta de haber dado
causa à mi mudanza: y si él
ya no me quiere, qué aguardo?
Muera esta pasion.
Sat. Y bien,

qué dices?
Eug. Señor, me allano
á lo que vos dispusiereis.
Sat. Lo escuchais? Es un milagro
su discrecion.
Vict. Ahora todo
consiste en vuestro bizarro
proceder.
Sat. Por mí al instante
podeis firmar el contrato.
Vict. Doña Eugenia por sí sola
vale un tesoro.
Sat. Casaos.
Vict. Bien, pero los intereses
de mi casa y de mi estado
exigen alguna dote.
Sat. Dote!
Vict. Pues se os hace extraño?
Sat. Que no pueda uno salir *ap.*
de hambrientos ó estrafalarios!
Eug. Mi dote ha de parecer,
mi padre me le ha dejado,
y no debeis ocultarle.
Sat. Pero antes es necesario
ver si tiene suficientes
fondos para egecutarlo.
Eug. Un caballero tan rico....
Vict. Mejor sería mostraros
mas advertido con gentes
que no conoceis, ahorrando
insultos á hombres de honor,
despues de haber ponderado
circunstancias que ignorais.
Vos me ofrecisteis la mano
de esta señora, ella misma
le eleccion ha confirmado;
en cuanto al dote, el que me hagan
justicia queda á mi cargo. *vase.*
Sat. Oid, oid... Yo no quiero
pleytos, llévelos el diablo.
Es preciso sostener
la palabra que le he dado.
Eug. Pero Señor::-
Sat. No hay arbitrio.
Eug. Ved primero::-
Sat. Es escusado;
yo á buscar el dote, y vos,
sobrina mia, á casaros. *vase.*
Eug. Ay infelice de mí!
qué resolucion acabo
de hacer! Mas no me arrepiento;
véame ese temerario
casada con otro, y llore
celos, injurias y agravios.
Pero ah! qué necia! Mas presto
se reirá de mí el ingrato,
en llegando à conocer
que por despecho me caso.
Imitar la indiferencia
de su corazon villano
debo; yo amaré al Vizconde;
yo haré que le encuentren grato
mis ojos::- Pero quién entra?
El es: viene ese inhumano
à atormentarme de nuevo?
Pesares mios, huyamos. *hace que se (va.*
Sale Narc. Tente, Eugenia.
Eug. Qué quereis?
Narc. Escucha.
Eug. Habeis consolado
à la afligida señora?
Narc. No, que ya en mí ha terminado
la obligacion de su obsequio.
Eug. Cómo?
Narc. Ha venido mi hermano.
Eug. Su marido?
Narc. En este instante
se apea, y desde sus brazos
vengo à tus pies: ya le he dicho::-
Eug. Que como fino cuñado
habeis procedido en todo
con su muger muy exacto.
Narc. No, injusta. Le declaré
nuestro amor, y se ha mostrado
muy complacido; desea
que se efectúe este lazo;
permite, si es nuestro gusto,
que en una casa vivamos,
ó como a tí te acomode,
distantes y separados;
y si no puede tu tio
(perdóname si te agravio)
darte el dote por ahora,
no le sirve de embarazo,

pues por verme satisfecho,
desestimo todos cuantos
intereses tiene el mundo.
A Doña Fausta le acabo
de comunicar las dichas
que próximas disfrutamos.
Sí, Eugenia, que sepan todos
los placeres de que ufanos
estan nuestros corazones
sensibles y enamorados.
Eug. Ah insensata! qué he hecho yo! *ap.*
Por qué al Vizconde habré dado
tal palabra?
Narc. De esta suerte
recibes, sin hacer caso,
una noticia, de quien
me habia lisonjeado
que te alegrase en extremo?
Ya te consta el desengaño
de que Doña Rosalía
es la esposa de mi hermano;
mas si aun en virtud de serlo
no nos permites tratarnos,
jamás me verán sus ojos,
porque cesen tus cuidados.
Eug. Amor tan fino merece *ap.*
de mí proceder tan falso?
Narc. Mas no me respondes, lloras,
qué tienes?
Eug. Crueles hados!
qué rosolucion ha sido
la mia! Me anega el llanto
las palabras.
Narc. Si tu enojo,
mi bien, porfia en mi daño,
de nuevo á tus pies rendido
que me perdones aguardo.
Eug. Ay de mí! *se arroja sobre una*
Narc. Qué es esto, Eugenia? *Silla.*
Cielos!
Eug. Ay Narciso amado!
Despréciame, tienes harta
razon para egecutarlo.
Narc. No, bien mio; quiero amarte
siempre, quiero ser tu esclavo.
Eug. Yo no merezco tu amor.
Narc. Tú eres ya mi esposa.
Eug. Ah engaño
lisonjero! No lo creas.
Narc. No? por qué?
Eug. Porque he empeñado
mi fé con otro.
Narc. Con quién?
Eug. Con el forastero.
Narc. Cuándo?
Eug. Ahora.
Narc. Por qué?
Eug. Por vengarme.
Narc. Contra quién, dueño adorado?
Eug. Contra quién? contra mí misma,
contra mis caprichos raros,
contra mi corazon::- Ay
Se cubre la cara con el pañuelo.
infelice! Yo desmayo.
Narc. Ah cruel! Ah inhumana! Este
es el amor que en tí hallo?
Esta es tu fidelidad?
No, jamás has estimado
mis finezas; siempre han sido
engañosos tus alhagos,
mentirosas tus caricias,
y ahora es fingido tu llanto.
Conocí la inclinacion
que á mi rival has mostrado:
desde luego echo de ver
que los insultos villanos,
las injuriosas sospechas,
y los celos infundados
eran pretextos á fin
de que cediese al contrario
la victoria de tu amor;
cruel, conseguiste el lauro;
sembraste en mi buena fe
la semilla de tu engaño,
ya la disfrutas; ahora
búrlate de un desdichado
que muere por tí; mas tiembla
de que el amor con sus rayos
castigue tus falsedades:-
te abandono á tus amargos
remordimientos crueles,
y por último holocausto
de una lealtad mal premiada,
y un afecto despreciado,
te doy palabra de no
verte jamás, dueño ingrato.

Al irse Narciso, Eugenia abre los brazos, y dejándolos luego caer como desmayada.

Ay de mí! bien mio, Eugenia::-
Fausta, Liseta, Criados.

Salen Fausta y Liseta.

Faust. Qué es esto?
List. Qué ha sucedido?
Faust. Hermana?
Lis. Está alborotado
el pulso.
Narc. Ah! Si no me amara!
Pero es muger. Qué milagro
que sepa fingir?
Lis. Ya vuelve.
Faust. Hermana, el mayor contrario
de tí misma eres tú.
Eug. Deja
que me acabe mi quebranto.
Dejadme morir, dejadme.
Narc. No, Eugenia, vive. Los hados
quieren que solo yo muera,
ó viva desesperado;
pero aunque agena te llore,
te amaré como te amo.
Faust. Y por qué ha de ser agena?
Narc. Porque á un deseo tirano
de vengarse sacrifica
la felicidad de entrambos.
Faust. Lo dices por el Vizconde?
Narc. Sí: le ha ofrecido su mano,
que para ser él felice
yo debo ser desgraciado!
Faust. Los felices sois vosotros,
por haberme interesado
yo á vuestro favor: le he dicho
al Vizconde cuán en vano
le adula su confianza,
que Eugenia se ha lisonjeado
de lograr vencer su amor
por un medio extraordinario;
pero que os ama, y que nunca
podrá vivir sin amaros;
él, que es prudente, no quiere
ir en su pecho criando
la vívora de un afecto
que crezca para su daño,
y la deja en libertad
de disponer de su mano.
Eug. Qué dices, Fausta? Eso es cierto!

Se levanta.

Faust. Sí, no tienes que dudarlo,
Narciso es tuyo.
Eug. Ay hermana!
no será mio, es engaño.
Narc. Por qué?
Eug. Porque no merezco
una lealtad que he injuriado.
Narc. Ya reconoces tu error?
Cruel, me has abandonado
sin motivo.
Faust. Dejad ya eso.
Eug. La razon mueve sus labios,
Fausta mia. Ya conozco
que mi pecho ha sido ingrato,
que mis excesivos celos
todo mi mal han causado;
mas no extrañeis mi vehemente
aprension y sobresalto,
porque jamás los mortales
padecen entre los varios
afanes que les oprimen
tormento mas inhumano,
que el golpe invisible de estos
verdugos imaginarios.
Faust. Pero la cordura puede
vencerlos y desarmarlos.
Eug. Perdona mis frenesíes.
Narc. Daré al olvido mi agravio.
Eug. Y en mi corazon...
Narc. En mi alma...
Eug. Nuevo placer...
Narc. Nuevo alhago...
Los dos. Renazca y borre la imágen
de nuestros celos villanos (llero.
Sale D. Sat. Qué hace aquí este caba-
Faust. Este ha de ser mi cuñado,
Señor, con vuestro permiso,
que Eugenia le da la mano.
Sat. Cómo, infame? asi destruyes
los proyectos que he formado
sobre tu boda? No es digno
ese mozuelo ordinario
de emparentar con nosotros;
váyase de aquí ó le mato.
Faust. Señor, pretende á mi hermana

sin dote.
Sat. Sobrino amado,
abrázame.
Narc. Pues vuestros
insultos.
Sat. Eh! no hagais caso,
yo no habia conocido
vuestro proceder bizarro.
Conque la quereis sin dote?
Narc. Si señor; no me retracto.
Sat. Pues ya es vuestra mi sobrina.
Los dos. Dulce fin de afanes tantos.
Salen D. Claudio y D. Víctor.
Claud. Aquí está el señor Vizconde
que viene à felicitaros;
y persuadido de mí,
remitirá sus agravios,
con que le dé D. Saturio
el no dificil descargo
de una satisfaccion leve.
Sat. Que viva el señor D. Claudio.
Y con qué podré yo ahora
tanta fineza pagaros?
Claud. Con lograr de Doña Fausta
el amor, quedan premiados
mi fineza y mi deseo.
Sat. Ya es vuestra.
Faust. Mi dicha aplaudo.
Sat. Señor Don Victor, el Cielo
por sus ocultos arcanos
quiso que así sucediese.
Eugenia merece cuanto
es creible, y la fortuna
su mérito ha compensado,
dándola por dueño el mas
atento, ilustre y bizarro
mozo que hay en toda España.
Perdonadme si he faltado
á la promesa que os hice.
Vict. Perdono en vos el mas raro
y despreciable capricho.
Sat. Viva el Vizconde mil años.
Vict. Y me obligo á ser padrino
de entrambas bodas, mostrando
que auque de unos ojos bellos
sufrí el poderoso encanto,
lo prudente ha de triunfar
siempre de lo enamorado.
Sat. Viva el Vizconde de todos
los Vizcondes.
Todos. Tributamos
gracias á vuestras bondades.
Sat. Ehi, Chupa-guindas? muchacho?
Sale Chup. Señor?
Sat. A poner la mesa,
que aguarda la cena mi amo.
Narc. Y en nuestra felice union,
desmentidos los extraños
caprichos de amor y celos:
Todos. Logren perdon, si no aplauso.

FIN.

CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. 1817.

Se hallará en la librería de los Señores Domingo y Mompie, calle de Caballeros número 48; y asimismo otras de diferentes títulos, y un surtido de 200 Saynetes por mayor y á la menuda.